

LA INCLURA CANDIDATO

Luis Miguel Baronetto - Córdoba, 1993.

La candidatura del Padre Eliseo Morales, Párroco de Wilde (pcia. de Bs.As.), a diputado por el Frente Grande, ha reabierto el debate sobre la participación política de los cristianos, y más específicamente de los sacerdotes.

Sin pretender abarcar la compleja trama que despierta el tema - que ya hemos abordado otras veces - la novedad de este año electoral nos sugiere algunas reflexiones para compartir.

✓ LA CRISIS DE LA POLITICA

La candidatura a diputado del Padre Morales se da en un marco de excepcionalidad, caracterizado por la profunda crisis que soporta lo político. Nunca como hoy posiblemente haya estado en tanto descrédito ante la gente. A tal punto que ello genera una peligrosa apatía, desalentando la participación popular. Y esta ausencia de participación fomenta los estilos autoritarios de unos y los manejos oportunistas de otros.

La sociedad en su conjunto ha puesto en tela de juicio a la política, o más específicamente el comportamiento de los políticos, sobre todo de aquellos que de una u otra forma llegan a la función pública. La corrupción, que se da mediante la utilización de los cargos públicos para el ascenso social o del enriquecimiento vertiginoso, habla a las claras de la justificada crisis que soporta lo político.

Si bien perdura una cultura política bipartidista, es evidente una progresiva pérdida de referencias políticas. La gente constata que la política no le soluciona sus problemas. Que los partidos sólo se acuerdan a la hora del voto. Y esto ha sucedido en gran medida por la desvirtuación que ha sufrido el peronismo en el actual gobierno, por la decepción ante un radicalismo que presentó un rostro progresista y se mostró incapaz de atender los reclamos populares, y también por la crisis de la izquierda, agudizada por el derrumbe del socialismo real en los países del Este.

Por otra parte las candidaturas son hoy, cada vez más, un producto que se vende por los medios de comunicación, a una "sociedad de espectadores", como define el teólogo Comblin. Los partidos gastan cifras millonarias en propaganda; y el ciudadano se ubica ante el escenario sin otra alternativa que comprar el producto mejor vendido. Las dificultades para el campo popular también se presentan en este terreno. A la ausencia de participación, debe añadirse su imposibilidad de llegar con su propuesta a toda la sociedad, más allá de los espacios militantes y organizados. Esta limitación, sin embargo nos plantea nuevos desafíos: encarar nuevas formas de hacer política, retomando una relación más personalizada con la gente; exige también recrear una práctica militante y un mayor esfuerzo de articulación entre las organizaciones populares.

Intentando legitimarse los dirigentes de los partidos políticos del sistema establecido han apelado a

recursos como el de promocionar a reconocidos cantantes o deportistas a cargos de importancia. Tras la popularidad de estos personajes, se enganchan las largas listas de quienes apostando a un partido ganador buscan asegurarse una banca o un cargo político.

✓ BUSQUEDA DE ALTERNATIVAS

Desde el otro costado, desde el campo popular se intenta también cubrir el divorcio entre lo social y lo político. Aunque el escepticismo es grande, muchas organizaciones populares también van descubriendo los límites que les plantea su acción social. Y en consecuencia la necesidad de buscar espacios de decisión, que es la forma de plantearse la construcción del poder desde el pueblo en beneficio de la gente.

La sociedad civil necesita asumir un rol protagónico en el ámbito de las decisiones políticas. De allí las experiencias que buscan generar una nueva alternativa política. Con referentes sociales, ya sean del ámbito de la cultura, de lo religioso, de lo gremial o lo vecinal, que son llamados a ejercer una función desde lo político.

✓ REFERENTES ETICOS

Esta aparente similitud entre el comportamiento de los partidos tradicionales y la construcción de una alternativa política apelando a referentes sociales, admite una profunda diferencia. Se trata de una apuesta hecha claramente desde los sectores populares, identificada con la causa de los pobres. Conscientes de su real estado desventajoso en cuanto a su articulación. Se trata, para los ojos de los ganadores, de una apuesta que hoy aparece como perdedora. Se identifica más a un acto heroico o a un gesto profético, que a una oportunidad para sumar al prestigio personal o a la conveniencia económica. Y esta diferenciación con el sistema establecido no parece poco, en el estado actual que vive la sociedad Argentina. Porque se necesita imperiosamente de referentes éticos que contribuyan no sólo a regenerar la política, sino también a responder concretamente a las demandas de la gente, que es en definitiva la mejor manera de moralizar la política.

En una sociedad política marca-

da a fuego por la corrupción, la ética se constituye en un elemento fundamental para la acción política. Y ese parece ser uno de los principales mensajes que quiere transmitir la presencia del sacerdote candidato.

No por el hecho de ser sacerdote, sino porque como sacerdote pertenece a un grupo históricamente comprometido con la causa de los pobres. Y ese compromiso concreto y consecuente durante treinta años habla de una conducta que hoy es necesario instalarla en el terreno político.

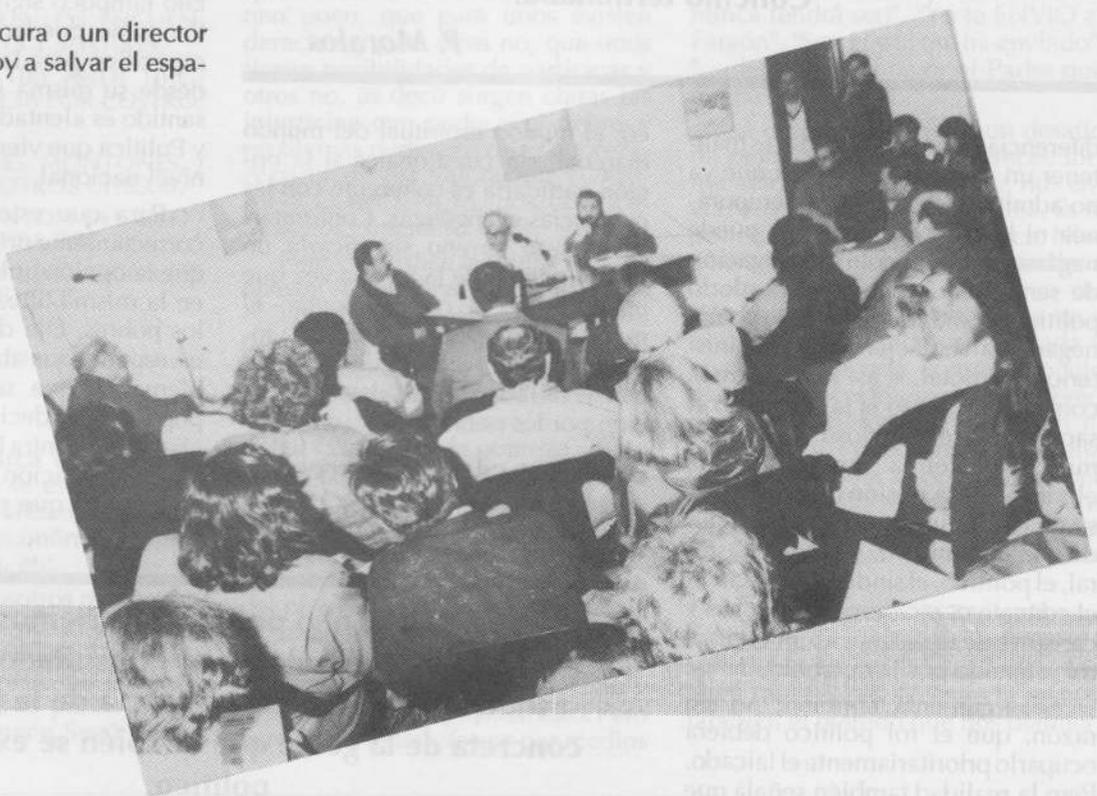
No es que un cura o un director de cine vengan hoy a salvar el espa-

cio político. Porque en este terreno, como en los demás, también existen políticos honestos, aunque no siempre figuren en la primera plana de los diarios. Nadie piensa por otra parte que un cura o un cineasta en una banca vayan a solucionar todos los problemas de los pobres. Pero sí es el signo de una búsqueda. Y deberá ser una voz en el parlamento que haga irrumpir el grito de los pobres.

Nada de esto ciertamente es contradictorio al ser cristiano. Tampoco se trata de algo inaudito. Nuestra

historia reconoce innumerables antecedentes. Cada vez que se ha gestado un salto cualitativo en la historia política Argentina, hemos visto el mismo proceso. Desde los albores de la independencia, cuando sacerdotes, abogados, empresarios y militares, debieron asumir la tarea política respondiendo a una necesidad histórica.

Aspecto de la charla debate de los Cristianos y la Política con el P. Eliseo Morales, en la Asociación Bancaria, Sec. Córdoba.



Aquellos sacerdotes protagonistas del proceso independentista asumieron el desafío que les planteaba la sociedad civil, aún conscientes de los riesgos que les implicaba en el marco de una Institución-Iglesia estrechamente vinculada al poder colonial.

Y este aspecto también merece su atención. Pocas veces en la historia ha sido cuestionado el rol político de los sacerdotes, cuando el mismo respondía a los intereses comunes del poder establecido, civil o religioso. Distinta suerte han corrido sin embargo los sacerdotes que decidieron

una opción junto al pueblo. No se cuestionó la diputación del Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Aneiros, a fines del siglo pasado. Pero el Cura Brochero, en nuestra Córdoba, en la misma época, debió defenderse de las acusaciones de "meterse en política", aunque en este caso no se tratara siquiera de una pertenencia explícita a un partido, sino de relaciones políticas y apoyos circunstanciales en función de las necesidades de sus paisanos de traslasierras.

✓ SAGRADO O PROFANO?

Se ha intentado separar al sacerdote de lo político, señalando que su

papel debe mantenerse en lo profético-pastoral. Tal razonamiento admite fuertes rasgos de clericalismo al ubicar al sacerdote en el ámbito de lo sagrado, dejando lo profano para los laicos. Esta falsa dicotomía esconde una diferenciación entre estadios superiores e inferiores, en un esquema machista y jerarquizado que atenta contra la conformación misma de la comunidad, que es la Iglesia.

La identidad cristiana es una, tanto para laicos, sacerdotes, o religiosos; y está marcada por la fidelidad al Evangelio y al pueblo. Los roles que los cristianos asumen en la comunidad deben estar determinados por las necesidades concretas del pueblo al que se desea servir. Introducir



Yo diría que ya antes de ordenarme de cura, ya me hice este planteo. Quería vivir de mi trabajo. Se lo planteé al Obispo que no me quería ordenar sino me permitía una independencia económica con lo sagrado. Yo quería vivir de mi trabajo como me enseñó mi papá. Y además quería vivir mi sacerdocio con los más humildes, con los pobres. Así comencé mi vida sacerdotal, en 1965, cuando el Concilio terminaba.

P. Morales

diferenciaciones eternizadas es mantener un esquema patriarcal que ya no admite la sociedad contemporánea ni la adultez laical. No puede negársele al sacerdote su obligación de servir a la comunidad desde lo político, como tampoco se le puede negar al laico el ejercicio del ministerio sacerdotal, si así lo requiere la comunidad. Tanto el laico, como el sacerdote o el religioso tienen una misión profética que no puede eludirse. Y esa misión ha de ejercerse en los distintos espacios sociales de una comunidad, ya sea el pastoral, el político, el sindical, el vecinal, el educativo, etc., según los dones y carismas de cada uno, asumiendo el rol asignado por la comunidad.

Se argumenta también, no sin razón, que el rol político debiera ocuparlo prioritariamente el laicado. Pero la realidad también señala que muchos laicos prefieren refugiarse en lo parroquial o en el trabajo social, tratando de mantenerse en un espacio menos conflictivo, cuestionado y cuestionador. Asumir el desafío de lo político acarrea sin duda incomodidades, porque exige tomar posiciones concretas frente a problemas, personas o grupos, con los que muchas veces mejor sería no enfrentarse. Nadie desconoce además, que lo político tiene sus mecanismos y sus reglas; y es preciso encarnarse en esa realidad para ser eficaces en la acción política.

Sucede también que cada uno tiene ya su "corazoncito" político, en una cultura arraigada y tradicional, lo que contribuye a mantener el divorcio entre lo religioso y lo políti-

co, el mundo espiritual del mundo material, sin cuestionarse si la opción partidaria es coherente con las exigencias evangélicas. Confrontarse en este terreno significaría un sinceramiento de la fe, a la vez que un aporte a la causa popular. El mandamiento del amor reclama insertarse en la realidad de conflicto que vive la sociedad, desde la opción por los pobres.

✓ PARA EL CRISTIANO HOY

La legitimidad de la candidatura

Este acceso a lo político que hemos hecho un grupo de sacerdotes es el resultado de una concepción que une la vivencia de la fe a la vida concreta de la gente que también se expresa en lo político.

P. Morales

del Padre Eliseo está dada hoy, entre otras razones, por la necesidad de los sectores populares de apuntalar la construcción de una nueva herramienta política. Tarea urgente, aunque no apresurada. Tarea necesaria porque el pueblo necesita plantearse la disputa del poder político, para que el Estado recupere su rol de velar por el bien común, especialmente de los más desprotegidos.

Luego de la represión política y la imposición de un modelo económico que acrecienta los niveles de pobreza en el país, los sectores populares tienen que articular un instrumento político que plantee la efica-

cia de la resistencia social que se percibe en las organizaciones de base.

Y esta tarea, que hoy es asumida también por una destacada porción de los cristianos, debe ser entendida como un nuevo servicio a la causa de los pobres. No se trata de que los cristianos formen su partido. Pero sí que se inserten en los esfuerzos que se realizan desde diversos sectores para generar una herramienta capaz de ganar espacios políticos e ir construyendo una alternativa de poder. Ello tampoco significa que los cristianos no puedan tener un ámbito específico para la reflexión política desde su misma identidad. En este sentido es alentador el ámbito de Fe y Política que viene impulsándose a nivel nacional.

Para que estos esfuerzos estén correctamente orientados es preciso que la opción política concreta esté en la misma línea de la opción por los pobres. Ella debe inscribirse en un espacio que abarque toda la problemática que sufren los sectores populares. Es decir, un claro pronunciamiento contra los planes de ajuste y la reafirmación de que es posible un espacio que plantee una nueva

forma de hacer política, desechando los viejos vicios de la politiquería.

En suma, debe ser la expresión política de un programa que ponga el oído a las necesidades de la gente. Debe ser una fuerza que contribuya a articular los espacios de poder concreto que van surgiendo en el seno de las organizaciones populares. Y los cristianos debemos estar presentes. Por responsabilidad ciudadana y compromiso bautismal. Porque escudarse en que la política es "cosa sucia", es negarse a la exigencia evangélica de ser sal y fermento. Los pobres del país, que son muchos, reclaman este servicio.